

ARREPENTIMIENTO

ARREPENTIMIENTO

Guy de Maupassant

© Por la traducción ALU, Editorial Pi.



Ilustraciones: Johan Barrios. 1982. Barranquilla.
Maestro en artes plásticas. Universidad de Antioquia.

Información técnica

Diagramación: Mery Murillo Álvarez

Revisión de textos: José Raúl Jaramillo Restrepo

La impresión fue dirigida por Carlos Villa Ángel

Formato: 12,5 x 20,5 cm.

Número de páginas: 30.

Todográficas Ltda. Tel. 412 86 01.

Impreso en Medellín, Colombia.

Printed in Colombia. Abril de 2009.

En su composición se utilizó tipo Minion de 12 puntos.

Se usó papel Bond de 115 gramos y cartulina de 200 gramos.

Las traducciones al español se hicieron a partir de las versiones en inglés de ambos cuentos.

Editorial Pi.

Editor: Álvaro Lobo.

Comentarios a: alvarolu@editorialpi.com

Esta es una publicación sin fines lucrativos.

Ninguno de los ejemplares será puesto a la venta.

Página web: www.editorialpi.com

Esta publicación se realiza para conmemorar el día del idioma español.

El señor Saval acaba de levantarse. Llueve. Es un día triste de otoño. Las hojas caen lentamente entre la lluvia, formando una lluvia más pesada y lenta. Está insatisfecho. Camina de la chimenea a la ventana y de la ventana a la chimenea. La vida tiene sus días sombríos. ¡Ya para él todos los días serán sombríos; cumplió sesenta y dos años! Está solo, viejo, nadie se preocupa por su suerte. ¡Qué triste es morir solo!, completamente solo, sin dejar un cariño profundo.

Reflexiona sobre su vida vacía, sin encantos. Recuerda los días de su infancia, el hogar, la casa de sus padres. El tiempo que estudió derecho en París, la enfermedad de su padre, su muerte. Luego vivió con su madre. Vivieron muy tranquilos. Pero la madre también murió. ¡Qué triste es la vida! Vive solo desde entonces. Ahora, a su vez, también él pronto morirá. Desaparecerá, será el final. No existirá más Paul Saval en la tierra. ¡Qué espanto! Otras personas se amarán, reirán. ¡Sí, se divertirán, y él ya no existirá! ¿No es extraño que la gente pueda reír, divertirse, ser alegre a pesar de

la certeza de la muerte eterna? Si esta muerte fuera sólo probable, podría haber una esperanza, pero no, es inevitable, como inevitable es que la noche siga al día.

¡Si su vida hubiese sido plena! Si hubiese hecho algo, si hubiese tenido aventuras, grandes placeres, éxito, satisfacción de algún tipo u otro. Pero no, nada. No había hecho nada. Sólo levantarse, comer y acostarse a la misma hora. Y así pasó sesenta y dos años en este mundo. Ni siquiera se había casado, como otros hombres. ¿Por qué? Sí, ¿por qué no se había casado? Podría haberlo hecho, poseía la renta suficiente para mantener una familia. ¿Acaso no se le había presentado la ocasión? ¡Tal vez! Pero uno puede crear oportunidades. Fue indiferente, eso era todo. La indiferencia había sido su mayor inconveniente, su defecto, su vicio. ¿Cuántos hombres dejan naufragar sus vidas por la indiferencia? Es tan difícil para muchos levantarse, caminar, hablar, estudiar, insistir en sus asuntos...

Él ni siquiera había sido amado. Nunca una mujer había dormido sobre su pecho en completo abandono de amor. No sabía nada de las deliciosas angustias del que espera, la divina vibración de una mano en la suya, del éxtasis de la pasión triunfante. ¡Qué dicha debe inundar el corazón cuando los labios se encuentran por primera vez, cuando cuatro brazos, oprimiéndose,

forman de dos seres uno sólo, un ser inmensamente feliz, un alma de dos almas, ansiosas la una de la otra!

El señor Saval estaba sentado junto a la chimenea, envuelto en su bata. Su vida se había malogrado completamente. Sin embargo, había amado. Él había amado en secreto y con indiferencia, como era su forma característica en todo. Sí, había amado a su vieja amiga, la señora Sandres, la esposa de su antiguo compañero, Sandres. ¡Ah! ¡Si la hubiese conocido soltera! Pero la conoció tarde, cuando ya estaba casada. Sin duda alguna habría pedido su mano. ¡Cuánto la amó sin respiro desde el primer momento!

Recordó sus emociones cada vez que la veía, sus tristezas al dejarla, las noches que no podía dormir porque estaba pensando en ella. Por la mañana se sentía menos apasionado que por la noche. ¿Qué motivo habría?

¡Qué bonita, qué rubia, qué graciosa era en sus años juveniles! Sandres no era el hombre que debía haber elegido. Ahora, a los cincuenta y dos años de edad parecía dichosa ¡Oh, si lo hubiese amado en otro tiempo! ... ¡Si lo hubiese amado! Y ¿por qué no amarlo a él ya que había amado a Sandres?

¡Si hubiese adivinado aquel amor profundo!... ¿Ella no había comprendido nada? ¿Qué le habría respondido si él hubiese hablado?

Y Saval se hacía mil preguntas más. Pasaba revista a toda su vida, tratando de recordar una multitud de detalles.

Recordó las largas noches que permanecía en la casa de Sandres, cuando su esposa era joven y encantadora.

Recordó muchas cosas que ella le había dicho, las entonaciones de su voz, las sonrisas que le dirigía, que significaban tanto para él.

Recordó sus paseos, los tres juntos, a lo largo del Sena, sus almuerzos en el césped los domingos cuando Sandres era empleado en la sub-prefectura. Y de repente lo sorprendió el recuerdo nítido de una tarde vivida con ella en un pequeño bosque a orillas del río.

Habían salido por la mañana, llevando sus viandas en cestas. Era un día de primavera, uno de esos días en que el aire embriaga. Todo estaba perfumado. Los pájaros cantaban mejor y volaban con más ligereza. Almorzaron sobre la hierba, a la sombra de los sauces, muy cerca del agua adormecida por el sol. El aire era suave, cargado con los olores de la vegetación y se aspiraba con deleite. ¡Qué delicias las de aquel día!

Después de almorzar, Sandres se quedó dormido al pie de un árbol. “La mejor siesta que he tenido en mi vida”, dijo al despertar.

La señora Sandres había tomado el brazo de Saval y empezaron a caminar por la orilla del río.

Ella inclinó su brazo con ternura sobre él, rió y le dijo: “Estoy algo embriagada, amigo mío”.

Él la miraba fijamente, sentía estremecimientos y palpitaciones; palideció, temeroso de que sus ojos lucieran atrevidos y de que el temblor de su mano pusiera de manifiesto su pasión.

La joven se había tejido una corona con tallos y con lirios de agua, y le preguntó: —¿Le gusto a usted así?

Como él no respondía —nada se le ocurría y más fácil habría sido caer a sus pies de rodillas—, ella rió, una risa casi burlona, gritándole:

— ¡Tonto, más que tonto! Hable usted al menos.

Él estuvo a punto de llorar, sin que acudiese una sola palabra en su ayuda.

Todas estas cosas volvieron a él como en el día en que tuvieron lugar. ¿Por qué le habría dicho aquello? ¡Tonto, más que tonto! Hable usted al menos

Recordó cómo ella había apoyado tiernamente su brazo en él. Y al inclinarse para pasar por debajo de una rama, el rostro de la señora Sandres había rozado la mejilla de él, ¡su mejilla!, y él había retirado la cabeza con un movimiento brusco para que no creyese ella voluntario aquel contacto.

Cuando él dijo: “¿No es hora de regresar?”, ella le lanzó una singular mirada. “Es cierto”, dijo, lo miró entonces de una forma curiosa. De momen-

to no lo tomó en cuenta y al cabo de los años todo le parecía muy claro.

—Como guste, amigo mío. Si está cansado, volvamos.

Y él respondió:

—No estoy cansado, pero quizás Sandres haya despertado.

Y ella replicó encogiéndose de hombros:

—Si teme que mi marido esté despierto, volvamos.

Al regresar caminaba en silencio y ya no se reclinaba en su brazo. ¿Por qué?

Este «por qué» no había encontrado respuesta y era una preocupación constante. Después de tantos años el señor Saval creyó entrever algo que no había entendido nunca.

Acaso ella...

Se ruborizó y se levantó conmovido, como si hace treinta años hubiese escuchado a la señora Sandres decirle : ¡Te amo!

¿Era posible? Esta idea que acababa de entrar en su mente lo torturaba ¿Era posible que no hubiese visto, no hubiese adivinado?

¡Oh! ¡Si eso fuese cierto, si hubiese dejado pasar la felicidad sin advertirlo!

Se dijo: “¡Debo saberlo. No puedo permanecer con esta duda. Tengo que saberlo!”. Pensó: “Cumplí sesenta y dos años de edad, ella tiene cincuenta y dos, bien puedo preguntárselo”.

Y salió.

La casa de Sandres estaba situada al otro lado de la calle, casi enfrente de la suya. Llamó a la puerta.

La criada se extrañó de verlo tan temprano.

— ¿Usted aquí a esta hora, señor Saval? ¿Le ha sucedido algo?

— No, mi niña —respondió—. Pero dile a la señora que deseo hablarle en seguida.

—La señora está en la cocina preparando mermeladas para el invierno y no está presentable para recibir visitas, como usted comprenderá.

—Sí, pero dile que quiero verla, es una cuestión muy importante.

La criada se marchó y Saval comenzó a pasearse nerviosamente por la sala. No se sentía avergonzado en lo más mínimo. ¡Oh! Le preguntaría aquello como le hubiese preguntado por una receta de cocina. ¡Era ya un hombre de sesenta y dos años!

La puerta se abrió y apareció la señora Sandres. Ahora era una dama rolliza, con las mejillas redondas y la risa fácil y sonora. Su redondez no le permitía fácilmente acercar los brazos al talle y elevaba los brazos desnudos y salpicados de almíbar. Al entrar preguntó con ansiedad:

— ¿Qué le sucede, amigo mío? No está mal, ¿verdad?

— No, querida amiga, pero me gustaría preguntarle algo, que para mí es de vital importancia, algo que es la tortura de mi corazón, y quiero la promesa de que usted me responderá con franqueza.

Se reía.

— Soy siempre franca con usted.

— Bueno, entonces. La amé desde el primer día que la conocí. ¿Lo sospechaba?

Ella respondió, riendo, con algo de su antiguo tono de voz.

— ¡Tonto, más que tonto! Lo supe desde el primer día.

Saval comenzó a temblar y musitó

— ¿Lo sabía usted...? Entonces...

Y se contuvo.

Ella preguntó:

— Entonces... ¿Qué?

— Entonces, ¿qué pensaba usted? ¿Qué..., qué..., qué me hubiera contestado?

Ella, riendo mucho, mientras una gota de almíbar se deslizaba por sus dedos, le dijo:

— ¿Yo? ¿Por qué?, usted no me preguntó nada. No me correspondía hacerle una declaración.

Saval avanzó un paso hacia ella.

— Dígame...dígame ¿Recuerda el día en que Sandres se durmió en la hierba, después del almuerzo... cuando caminamos los dos por la orilla del río?

Esperó. Ella había dejado de reír y lo miró directamente a los ojos.

— Sí, ciertamente, me acuerdo.

Saval prosiguió, estremeciéndose:

—Pues, bueno; si aquel día yo hubiese sido..., yo hubiese sido... más osado..., ¿qué hubiese hecho usted?

Se echó a reír dichosa y respondió con franqueza, en una clara voz teñida de ironía:

— Hubiese cedido, amigo mío.

Y dejándolo plantado volvió a la cocina.

Saval salió a la calle afligido, como después de un desastre. Caminaba impulsado por un instinto hacia el río, sin pensar a dónde iba, mojándose, porque llovía mucho. Su traje y su sombrero chorreaban. Y caminaba sin descanso hasta llegar al sitio donde almorzaron aquella mañana. El recuerdo lejano le torturaba el corazón.

Se sentó al pie de los árboles, desnudos ya de hojas, y lloró.



ACERCA DEL AMOR

ACERCA DEL AMOR

Anton Chejov

Durante el desayuno sirvieron ricos pasteles, cangrejos de río y cordero al horno. Mientras comían, Nikanor, el cocinero, se acercó a preguntar qué les gustaría a los visitantes para el almuerzo. Era un hombre de mediana estatura, cara redonda y ojos pequeños. Estaba rasurado, pero daba la impresión de que su bigote lo hubiese arrancado en lugar de habérselo afeitado.

Alehin dijo que Pelagea, la hermosa criada, estaba enamorada del cocinero. Como éste era de carácter violento no quería casarse, pero estaba dispuesta a vivir con él. Nikanor era muy devoto, y sus convicciones religiosas no le permitían “vivir en pecado”. Le insistía que se casara, de otro modo no viviría con ella. Cuando estaba borracho solía insultarla e incluso la golpeaba. En esas circunstancias la muchacha se ocultaba arriba y Alehin y los criados se quedaban en casa para defenderla.

Empezaron a hablar del amor.

— ¿Cómo nace el amor —dijo Alehin—, ¿por qué Pelagea no se enamoró de alguien más adecuado a sus cualidades físicas y espirituales, y por qué se enamoró de Nikanor, en qué medida en el

amor es importante la cuestión de la felicidad personal? De esto nada se sabe, sólo se puede especular. Hasta el momento, sólo una verdad se ha pronunciado sobre el amor: “Este es un gran misterio”¹. Todo lo que se ha dicho o escrito sobre el amor no son soluciones sino la formulación de problemas que han quedado sin respuesta. La explicación que parece encajar en un caso no se aplica para una docena de otros, y lo mejor, en mi opinión, sería explicar cada caso individualmente sin tratar de generalizar. Deberíamos, como dicen los médicos, estudiar cada caso.

—Perfectamente cierto— dijo Burkin.

—Nosotros, los rusos de la clase educada, sentimos una propensión hacia estas preguntas que se quedan sin respuesta. Del amor por lo general se escriben poemas, se adorna con rosas y ruiseñores, pero los rusos, además, adornamos el amor con esas preguntas sin respuesta. En Moscú, cuando era estudiante, tuve una amiga, una encantadora dama, y cada vez que se reclinaba en mis brazos pensaba cuántos rublos le daría yo ese mes o cuál sería el precio de una libra de carne. De la misma manera, cuando nos enamoramos no dejamos de preguntarnos: es honorable o deshonroso, razonable o estúpido lo que estamos haciendo, adónde nos conducirá este amor, y así sucesivamente. Si esto es bueno o no, lo ignoro, pero sí es una actitud irritante.

Parecía que Alehin quisiera contar una historia. Las personas que llevan una existencia solitaria siempre tienen algo en sus corazones que están dispuestos a contar. Los solteros de la ciudad visitan los baños públicos y los restaurantes con el propósito de hablar y, a veces, cuentan a los asistentes o a los camareros historias muy interesantes. Pero en el campo, por regla general, los solitarios se desahogan con sus invitados. Ahora, desde la ventana podía verse un cielo gris, los árboles empapados por la lluvia. Con ese clima no se podía ir a ninguna parte, y no había nada más que contar historias o escucharlas.

—Vivo en Sofino y administro mi hacienda desde hace mucho tiempo—comenzó Alehin—, desde que salí de la universidad. Soy un caballero por mi educación y una persona de oficina por mis inclinaciones, pero cuando vine aquí hallé que pesaban grandes deudas sobre la hacienda, en parte debido a que mi padre había gastado tanto en mi educación. Decidí entonces quedarme hasta pagar todas las deudas. Me puse a trabajar con cierto desagrado, debo reconocerlo. La tierra no da mucho y para obtener una buena producción debe emplearse mano de obra o trabajadores contratados, que es casi la misma cosa, o trabajar en los campos uno mismo con su familia. No hay un camino intermedio. Sin embargo, en esos días yo no entraba en esas finuras. No dejaba un terrón de tierra sin mover, me reunía con todos los cam-

pesinos, hombres y mujeres, de las aldeas vecinas, el trabajo se adelantaba a un ritmo frenético. Yo mismo araba, sembraba y cosechaba, y mientras lo hacía me aburría, mi cuerpo me dolía y a veces me dormía caminando.

”Cuando comencé esta nueva vida me parecía que podría fácilmente conciliarla con mis hábitos cultivados; para hacerlo, pensé que bastaba mantener un cierto orden en la vida exterior. Me instalé arriba, en las mejores habitaciones, y les ordené a los criados que me trajeran café y licores después del almuerzo y la cena. Cuando iba a la cama en la noche leía *El testigo de Europa*.² Pero un día nuestro sacerdote, el padre Iván, bebió mi vino y todos mis licores en una sesión y *El testigo de Europa* fue a parar a manos de sus hijas. En verano, en la época de la siega, no lograba llegar a mi cama y me dormía en el granero, o en algún lugar del bosque. Así ¿qué posibilidades había de la lectura? Poco a poco me trasladé abajo y empecé a comer en la cocina. Del lujo de ayer sólo me quedaron estos criados que se encontraban al servicio de mi padre, y que me sería doloroso echarlos a la calle.

”Al poco tiempo fui elegido juez de paz honorario. Solía ir a la ciudad y tomar parte en las sesiones del concejo y de la corte local; esto representó un cambio agradable en mi vida. Cuando se vive aquí durante dos o tres meses sin interrupción, especialmente en el invierno, se echa de me-

nos a otras personas con quien conversar. Todos los empleados de los juzgados generalmente han recibido una buena educación y con ellos es posible mantener una animada conversación. Después de haber dormido en un trineo y cenar en la cocina con los criados, sentarse en una silla de despacho, con ropa limpia, con botas finas y con una cadena en el chaleco es un verdadero lujo. Me recibían con amabilidad en la ciudad. Hice amigos con facilidad. Y de todos ellos el más íntimo y, a decir verdad, el más agradable fue Luganovitch, vicepresidente de la corte de circuito. Conocido por ustedes, una personalidad encantadora. Todo sucedió justo después del célebre caso de los incendiarios; la investigación preliminar duró dos días; estábamos exhaustos. Luganovitch me miró y dijo:

—Mire, vamos a cenar a mi casa.

”Esta invitación fue inesperada, ya que conocía muy poco a Luganovitch, sólo oficialmente, y nunca había ido a su casa. Apenas tuve tiempo de ir a mi habitación del hotel a cambiarme y luego fui a cenar. Allí conocí a Anna Alexyevna, la esposa de Luganovitch. En ese momento era todavía muy joven, no más de veintidós años, y su primer hijo había nacido tan sólo seis meses antes. Esto es un asunto del pasado, y ahora resulta difícil de definir lo que percibí de excepcional en ella, lo que tanto me atrajo. En la cena todo era

muy claro para mí. Vi a una hermosa joven, buena, inteligente, fascinante, como nunca había visto antes. Sentí que su rostro me era familiar, acaso allá en la infancia habría visto esos ojos en el álbum que mi madre conservaba en su cómoda.

”Cuatro judíos fueron acusados de ser incendiarios, considerados como una banda de ladrones, y, en mi opinión, sin suficiente fundamento. En la cena me sentía incómodo y no sé lo que dije, pero Anna Alexyevna asentía con su cabeza y decía a su marido:

—Dmitri, ¿cómo es esto?

”Luganovitch era un hombre afable, de corazón simple, obediente, de los que mantienen firmemente la opinión de que, una vez que un hombre está acusado ante un tribunal, es culpable, y que las dudas sobre la exactitud de un veredicto se pueden formular sólo en el plano jurídico, y no en la cena o en una conversación privada.

—Usted y yo no incendiamos el lugar—dijo—, y no estamos condenados ni nos llevarán a prisión.

”Y ambos, marido y mujer, trataron de hacerme comer y beber tanto como fuese posible. Por algunos detalles insignificantes, por ejemplo, la forma como prepararon juntos el café y el modo en que se entendían a media voz, pude darme cuenta de que vivían en armonía y que se alegraban de recibir a un visitante. Después de la cena

tocaron a dúo el piano, y luego volví a mi hotel. Era al principio de primavera. Pasé todo el verano en Sofino y no tuve ocasión de pensar en la ciudad, pero conservaba vivo el recuerdo de la hermosa joven. Diría que no pensaba en ella; todo el tiempo sentía su cálida presencia en mi corazón.

”Al finalizar el otoño hubo una función teatral con fines benéficos en la ciudad. En el entreacto fui invitado al palco del gobernador y allí vi de nuevo a Anna Alexyevna, al lado de la esposa del gobernador, y sentí de nuevo la irresistible y arrolladora impresión de belleza que irradiaban sus hermosos y dulces ojos.

Estábamos sentados muy cerca y luego salimos a tomar un poco de aire fresco

—Ha adelgazado—me dijo—. ¿Estuvo enfermo?

—Sí, tuve reumatismo en mi hombro y en tiempo lluvioso duermo mal.

—Luce desanimado. En la primavera, cuando vino a cenar, parecía más joven, más animado. En esa ocasión estuvo inspirado y habló con entusiasmo y debo confesar que me sentía un poco cautivada por usted. Por alguna razón, durante el verano lo recordé con frecuencia y hoy, cuando me preparaba para el teatro, supe que lo vería.

Y se reía.

—Pero usted hoy parece apagado—dijo—. Lo hace parecer más viejo.

”Al día siguiente almorcé con los Luganovitch; después del almuerzo salieron a la casa de campo con el propósito de disponer todo para la temporada de invierno y los acompañé. Regresamos a la ciudad, y esa noche tomamos el té en un ambiente familiar. Mientras que el fuego ardía en la chimenea, la madre a cada momento iba a ver si su niña estaba dormida. Después de eso, cada vez que iba a la ciudad, visitaba a los Luganovitch. La joven pareja se acostumbró a mí y yo a ella. Por regla general, sin aviso previo, me presentaba a visitarlos, como si fuera de la familia.

—¿Quién es?, se escuchaba desde el fondo de las habitaciones la dulce voz que tan hermosa me parecía.

—Es Pavel Konstantinovitch, respondía la criada.

”Anna Alexyevna solía venir con una expresión ansiosa y me preguntaba:

— ¿Por qué tanto tiempo sin venir a visitar-nos? ¿Ha ocurrido algo?

”Sus ojos, su refinada elegancia, la mano que me tendía al entrar, su vestido, la forma en que peinaba sus cabellos, su voz, sus pasos, su grácil figura siempre me producían la impresión de algo nuevo y extraordinario en mi vida. Hablábamos durante horas y en ocasiones también permanecíamos en silencio, pensando cada uno en sus propios pensamientos. En ocasiones tocaba el

piano para mí. Si al llegar no había nadie en casa, me quedaba, hablaba con la criada, jugaba con la niña o me tendía en el sofá del estudio a leer el periódico; y cuando Anna Alexyevna regresaba yo iba a esperarla en la entrada y le recibía los paquetes de las compras y no sé por qué razón los cargaba con tanto amor y solemnidad, como si fuese un niño.

”Los rusos decimos que si una mujer en el campo no tiene en qué ocuparse se compra un cerdo. No tenían los Lukanovitch en qué ocuparse, por lo que me tomaron cariño. Si tardaba mucho tiempo en visitarlos era que estaba enfermo o algo me había sucedido, y se preocupaban por mi suerte. Se preocupaban de que yo, un hombre educado, que conocía varios idiomas, en lugar de dedicarme a la ciencia o a la literatura, viviera en el campo, trabajando duro y sin un centavo. Creían que yo era infeliz, y si hablaba, reía y comía era para ocultar mi sufrimiento, e incluso en los momentos en que me sentía alegre era consciente de sus miradas de compasión. Cuando realmente estaba preocupado por falta de dinero para atender mis créditos, los dos, marido y mujer, hablaban quedamente junto a la ventana, y él se acercaba muy serio y me decía:

—Pavel Konstantinovitch, si tiene algún problema de dinero le ruego que acepte nuestra ayuda.

”Se ruborizaba por la emoción. Y sucedía que, después de murmurar de la misma manera en la ventana, venía y me decía:

—Mi esposa y yo le rogamos que acepte este obsequio.

”Y me regalaban una cigarrera, unos binóculos o una lámpara. Yo les enviaba del campo algún ave de caza, mantequilla o flores. Ambos, por cierto, tenían considerables medios económicos. Al principio pedía a menudo dinero prestado y no era precisamente un deudor muy escrupuloso. Siempre que necesitaba solicitaba préstamos, pero por nada en el mundo se me habría ocurrido pedir prestado a los Lukanovitch. ¡Ni pensarlos!

”Era infeliz. En casa, en el campo, en el granero, pensaba en ella. Trataba de comprender el misterio de una hermosa e inteligente joven que se casa con un hombre tan insignificante, casi un anciano (su marido tenía un poco más de cuarenta años) y tiene hijos con él. Procuraba desentrañar el misterio de este hombre bueno, cándido, sin brillo alguno, “poca cosa”, que pensaba con una sensatez aburrida, que asistía a las reuniones como si lo llevaran a exhibirlo para la venta, pero que creía tener derecho a ser feliz al lado de Anna Alexyevna y tener hijos con ella. Me devanaba los sesos tratando de entender por qué ella lo había encontrado primero a él y no a mí, y cómo era que tan terrible error hubiese ocurrido en nuestras vidas.

”Al llegar a su casa veía en sus ojos que me esperaba, y me confesaba que desde la mañana había tenido un extraño sentimiento: adivinaba que iría. Hablábamos largo tiempo y luego permanecíamos silenciosos, sin atrevernos a confesar nuestro amor. Temíamos revelarnos el secreto nosotros mismos. Yo la amaba tiernamente, con un amor profundo, pero reflexionaba sobre el destino de nuestro amor, si no teníamos suficientes fuerzas para luchar contra él. Me parecía increíble que este delicado y triste amor irrumpiera y acabara la vida feliz de su marido, sus hijos y de ese hogar donde tanto me apreciaban y confiaban en mí. ¿Sería honorable? Ella se iría conmigo, pero ¿adónde? ¿Adónde podría llevarla? Habría sido diferente si hubiese tenido una vida hermosa, interesante. Si, por ejemplo, luchara por la liberación de mi país, o fuera un hombre de ciencia, un artista o un pintor, pero lo que podía ofrecerle era cambiar su vida cotidiana, trivial, por otra igualmente aburrida o tal vez más. Y ¿cuánto tiempo duraría nuestra felicidad? ¿Qué le pasaría a ella en caso de que yo enfermara, muriera o si simplemente dejáramos de amarnos?

”Y al parecer ella pensaba de la misma manera. Pensaba en su esposo, sus hijos, y en su madre, que amaba al marido como a un hijo. Si ella se entregaba a su pasión tendría que mentir, o bien decir la verdad, y, en su posición, ambas co-

sas eran igualmente terribles e inconvenientes. Se atormentaba preguntándose si su amor me haría feliz. ¿Acaso no complicaría más mi vida, ya de por sí llena de limitaciones y dificultades? Creía que no era lo suficientemente joven para mí, que no se sentía con la energía necesaria para empezar una nueva vida conmigo. Solía hablar con su marido de la importancia de mi matrimonio con una chica inteligente y digna, buena ama de casa que me ayudara; de inmediato añadía que sería difícil encontrar una chica así en toda la ciudad.

”Los años fueron pasando; Anna Alexyevna ya tenía dos hijos. Cuando llegaba a su casa, los criados me sonreían cordialmente, los niños gritaban que el tío Pavel Konstantinovitch había llegado y se colgaban de mi cuello. Estaban encantados. Nada sabían de lo que estaba pasando en mi alma, y pensaban que yo también era feliz. Veían en mí a un ser bueno. Y los adultos y niños, por igual, consideraban que un hombre de confianza paseaba por sus habitaciones y esto daba un toque especial a su trato, como si mi presencia ennobleciera sus vidas.

”Anna Alexyevna y yo solíamos ir al teatro a pie, nos sentábamos uno al lado del otro en la platea, de modo que nuestros hombros se rozaban. Tomaba los binóculos de sus manos, sin decir una palabra, y sentía que en esos instantes, cerca de mí, era mía, que no podíamos vivir el uno sin

el otro, pero por alguna razón, cuando salíamos del teatro, nos decíamos adiós, como si fuésemos dos extraños. Dios sabe lo que se decía sobre nosotros en la ciudad, pero no había una palabra de verdad en todo.

”En los últimos años Anna Alexyevna visitaba con frecuencia a su madre o a su hermana, se mostraba cada día más irritable, reconocía que su vida era tediosa y colmada de frustraciones, y, en ocasiones, no deseaba ver a su esposo ni a sus hijos. Se sometió a tratamientos para curar sus nervios. Cuando estábamos juntos permanecíamos callados y en presencia de extraños mostraba una creciente irritación hacia mí. Ante cualquier afirmación que yo hiciese, se mostraba en desacuerdo conmigo. Si discutía con otra persona en su presencia, ella se ponía del lado de mi oponente. Si por mi descuido rompía algo, decía fríamente:

—¡Lo felicito!

Si me olvidaba de los binóculos, cuando íbamos al teatro, me decía después:

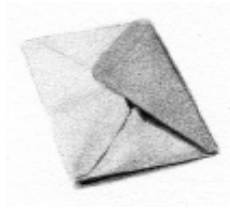
—Sabía que los olvidaría.

”Afortunada o desgraciadamente no hay nada en nuestras vidas que no termine. El momento de la separación llegó, pues Luganovitch fue nombrado presidente en una de las provincias occidentales. Tuvieron que vender sus muebles, sus caballos, su casa de campo. Cuando fuimos a ésta dimos la última mirada al jardín, al techo verde;

estábamos tristes, y me di cuenta de que tenía que decir adiós no sólo a la casa. Acordamos que a finales de agosto iríamos con Anna Alexyevna a Crimea, a donde la habían enviado los médicos para una cura de reposo. Luego, Luganovitch y los niños marcharían a la provincia occidental.

”Muchos fuimos a acompañar a Anna Alexyevna en su partida. Cuando se despidió de Luganovitch y de sus hijos, y sólo faltaba un minuto para que sonara la tercera campanada, entré en su litera para depositar una valija que ella había casi olvidado en el estante. Tenía que decir adiós. Cuando nuestras miradas se encontraron, el dique que contenía nuestro amor cedió. La abracé, reclinó su rostro sobre mi pecho y lloró. Besé su rostro, sus hombros, las manos bañadas en lágrimas. ¡Oh, como éramos de infelices! Le confesé mi amor por ella, y con un dolor quemante en mi corazón entendí lo inútil, lo mezquino y lo engañoso de todo lo que había impedido amarnos. Comprendí que cuando se ama y se piensa sobre ese amor el pensamiento debe ocuparse de aspectos más importantes que la felicidad o la desgracia, el pecado o la virtud en su sentido corriente o mejor no pensar. La besé por última vez, estreché su mano y nos separamos para siempre. El tren ya estaba en marcha. Me senté en la litera vacía de al lado a llorar. Cuando el tren llegó a la siguiente estación, descendí y caminé hasta Sofino...

Mientras Alehin contaba su historia pasó la lluvia y salió el sol. Ivan Ivanovich y Burkin salieron al balcón, de donde se divisaba una hermosa vista al jardín y al estanque del molino, que ahora con el sol brillaba como un espejo. Admiraban el paisaje y, al mismo tiempo, se afligían por la situación de este hombre de ojos inteligentes, que les contó con tanta sinceridad esta historia. Lamentaban que siguiera en esa propiedad, en lugar de trabajar en la ciudad como científico o en algo más adecuado a su educación que hiciera su vida más agradable. Y pensaban en la tristeza que Anna Alexyevna debió sentir cuando él se despedía en el tren y besaba su cara y sus hombros. Ambos la habían visto en la ciudad, y Burkin, que la conocía, la encontraba hermosa.



1. Epístola de San Pablo a los Efesios, vs 32

2. *El testigo de Europa*, Revista liberal, circuló en San Petesburgo desde 1866 hasta 1918.